VIAJE AL CORAZÓN DE UN DIOS

CÉSAR VIDAL GIL

VIAJE AL CORAZÓN DE UN DIOS

edhasa

Consulte nuestra página web: https://www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Calderón Studio

Primera edición: octubre de 2025

© César Vidal Gil, 2025
© de la presente edición: Edhasa, 2025
Diputació, 262, 2º1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6478-1

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 16020-2025

Impreso en España

A Paula
a Gabriel,
tratad de ser libres
pero creed, a pesar de todo, en algo,
en la bondad
en la belleza
en el amor.
A Karmele
por acompañarme en el viaje
e invitarme a creer en el presente sin pensar en el destino;
el tiempo nos vencerá, por supuesto,
pero volveremos.
A los ángeles, a los santos y a todo aquel que porta una luz
de estos tengo a varios en mi vida
como Fernando Javier, Eva y Diego.
Y a los monstruos que me dieron las sombras
porque todos ellos sin excepción regalan lo necesario
para construir historias,
que son el deseo de viajar en busca de algo mejor.
Gracias por el amor
y perdón a quienes dañé,
porque no olvido que dentro de mí habitan todos
los santos y los monstruos.

«No creo en la existencia de los ángeles,
pero, viéndote, pienso que podría ser verdad.
Y si lo fuera, invocaría a todos
y les pediría que cuidasen de ti,
que cada uno encendiera una vela para ti,
para alumbrarte y que vieras claro el camino,
que caminaras, como Cristo, en la gracia y el amor,
y guiarte hasta mis brazos»,

Nick Cave

I

La primera vez que tuve trato carnal con mi hermana me sentí culpable. Sabía que estaba prohibido, pero el deseo es un gigante que no teme a la derrota. Y todo lo que luego sucedió fue consecuencia de aquel acto lascivo.

Días después de mi pecado con Xipaguazín, el remordimiento seguía quitándome el hambre, empujándome a buscar la soledad en los jardines del palacio de mi padre, temeroso de que los cortesanos descubrieran restos de mi vergüenza en el fondo esquivo de mis ojos. Me negaba a participar en los juegos peligrosos de esa época, como saltar entre los tejados más próximos, por miedo a que la muerte me alcanzara a edad temprana y debiese pasar a la eternidad sin haberme dado tiempo a revelar a La Que Come Inmundicias lo que me atribulaba. Ninguno entre los vivos, ni siquiera los sacerdotes de Tlazolteotl, los únicos con la facultad de perdonar, debían estar al tanto de mi bárbara impureza.

Esas primeras semanas, procuré en la medida de lo posible no coincidir con Xipaguazín y decidí no permanecer con ella a solas en lo que me quedase de vida. He oído cuchichear a las mujeres, cuando creen que no estoy, que soy un muchacho atractivo y compiten por yacer conmigo, pero en ese momento ninguna me excitaba más que el recuerdo de mi hermana. Su piel, sus volúmenes, sus jugos y

susurros seguían obsesionándome, excitándome incluso con mayor intensidad conforme los días me alejaban de la noche del pecado.

Pero transcurrió algo más de un metzli, y mi ánimo fue emergiendo poco a poco. Cada amanecer que por mi ventana se colaban los cálidos dedos de Tonatiuh, invitándome a participar en las actividades del que yo pensaba en ese momento que era el mundo, entendí que, siendo tan joven, era normal errar. Y que, si tenía una larga vida, como correspondía al heredero del huey Tlatoan, llegaría la ocasión de limpiar mi pecado y de ser digno de nuevo del amor de los dioses. El encuentro carnal con mi hermana se convertiría en una gota sucia en medio de un océano encauzado y aplacado.

Pero el océano no se puede encauzar ni aplacar.

Ahora que viajo en esta embarcación sometida al atroz oleaje, que he sentido que mi vida podía acabar y que he visto a mi padre, rey de todas las tierras, bajar la cabeza ante otro señor más poderoso, he comprendido que el que he habitado durante diecisiete años no es el único mundo. Que, contra lo que yo pensaba, aquel del que vengo es un mundo pequeño, y eso me empequeñece a mí también.

Observo a los hombres del maldito Cortés disponerse a lanzar al mar el cuerpo deshabitado de mi vasallo Pájaro Dócil, muerto anoche después de días de enfermedad y sufrimiento. Y aseguro que recibió a la Muerte haciendo honor a su nombre, aceptando resignadamente que Viento de la Noche se llevara su alma en un breve cuchicheo, igual que aceptó beber durante días el agua corrompida, desperdicio de los hombres blancos de esta embarcación, la única que se suministra a mi gente. La rabia me quema las entrañas, pero, cuando la mirada del hombre con guantes se clava en mi mirada, prefiero no retarlo y la poso en el saco que contiene a Pájaro Dócil, que empieza a caer por la borda. El

hombre con guantes es el señor Juan Grau, uno de los capitanes de mayor confianza de Cortés. De él se dice que ha exterminado a cientos de mexicas con sólo tocarlos, y doy fe de que el negro de sus ojos no se conforma con habitar sus pupilas, sino que se extiende a sus globos oculares por completo, rebosando el pozo de su alma.

Y entonces mi mente se llena del recuerdo del último hilo de vida del huey Tlatoan, mi padre, tirado en medio de un charco de su sagrada sangre, lugar y momento en que comienza este viaje. Dicen los españoles que no son ellos los responsables de su muerte violenta, sino que es achacable a nuestro propio pueblo. No voy a defender a mi padre por el afecto que se supone que debe rendir un hijo por su progenitor, porque no es precisamente amor lo que he sentido por él a lo largo de mi vida. Pero juro que se vio obligado a hacer creer a todos que colaboraba con los invasores para minimizar el desastre. Nuestra gente sintió que le daba la espalda, y ése fue el motivo de que lo abatieran a pedradas cuando salió de palacio acompañado de los extranjeros para pedir que cesaran las hostilidades. Clamar ahora su inocencia es inútil, pero son Cortés y los suyos los verdaderos culpables, igual que yo soy único responsable de mi destino por aquel pecado original.

Poco importa que hayan salvado mi vida y las de mis hermanas Xipaguazín y Telicuazín sacándonos de Tenochitlán la noche amarga de hace cuatro meztli, aunque a la pobre Telicuazín de nada le sirvió por culpa de los mosquitos que acabaron con ella en Las Hibueras. Poco importa que nos hayan protegido durante este viaje de los impíos mexicas que me consideran igual de traidor que mi padre Motecuzoma, que derribaran a aquel hombre que me apuntaba con una flecha en el seno tenso de un arco o al que hirió a mi caballo con ese cuchillo que pretendía luego hincarme a

mí. Hernán Cortés no ordenó salvarnos por nobleza, como quiere hacer creer a quien lo escucha. Lo hace únicamente porque somos herederos de un rico imperio y nos prefiere con vida, mientras valora nuestra utilidad para su rey Carlos.

El señor Juan Grau daría la vida por mí, pero lo haría por cumplir la orden de su capitán Cortés.

Mientras el cuerpo de Pájaro Dócil choca por fin contra el mar, que lo engulle para siempre, pienso en todo lo que ha quedado atrás. Miro la espuma, esperando que algo más suceda. Oigo el llanto apagado de mis vasallos, en su mayoría mujeres, que ni siquiera se atreven a gemir en voz alta.

Y en ese momento percibo la voz de mi hermana Xipaguazín, desolada, rogando al dios Viento de la Noche que libere el alma del malogrado Pájaro Dócil y que cumpla su último deseo. Me doy cuenta de que está a escasos metros de mí, asomada a la barandilla, tan cerca que percibo el calor de su sangre. Me sorprende verla hermosa, a pesar de no disponer de los cuidados de palacio, gracias a los que salía, irresistible, de sus aposentos. A pesar de las ojeras y el gesto marchito, conserva su longilínea presencia de piel acanelada, interrumpida sólo por la pujanza de su magnífica cadera. Pienso en abrazarla y consolarla. Recuerdo que, tras aquella primera vez que mi cuerpo yació junto al suyo, vinieron otras muchas en que a ambos nos dominó el mismo deseo de calor y humedad, convirtiéndonos en pecadores sin remisión. Eso nos unirá por siempre. Tal vez, el mundo nuevo al que nos dirigimos nos permita vivir sin tener que ocultar nuestro secreto.

Pero, entonces, alguien se me adelanta. Grau arranca a andar hacia mi hermana cuando yo aún no he iniciado movimiento alguno. Xipaguazín orienta su rostro apesadumbrado hacia él, aceptando su consuelo. Ver que alguien ocupa mi lugar me descompone, y me agarro con rabia a la barandilla.

Me doy cuenta de que odio a Juan Grau más que nunca, sobre todos los seres del mundo a los que he odiado y a los que odio.

Mi nombre es Tohualicahualzín, y mi padre fue el rey del mundo.

No quiero el mundo, sino a una sola persona que en él habita.

Cualquiera que me aparte de ella es mi enemigo.

II

Los mosquitos aterrizan una y otra vez en las zonas desnudas de mi cuerpo, avisando de su ataque con monótonos alaridos en esta asfixiante esquina en que me hallo, bajo el toldo de cubierta. Siento alfileres que me producen dolor, pero no voy a apartarlos, porque no es comparable al verdadero dolor, el de mirar atrás y no ver la tierra donde está escrito que debo reinar.

Observo a uno de los mosquitos pasear por mi brazo. Podría descargar un manotazo sobre él, sabiendo que es uno de los asesinos de Telicuazín, pero soy consciente de que sólo intenta sobrevivir. Me veo reflejado en su pequeñez, obligado igual que yo a seguir en esta embarcación, admirable en su empeño por salir adelante. Pego, con delicadeza, la yema de uno de mis dedos a su cuerpecillo y lo pongo sobre un saco.

Hace días que Tiat Ndik, dios del mar, dejó de balancearnos sobre las olas. El aire no sopla, y las velas cuelgan de los palos como pieles sin vida. El océano es un espejo sobre el que el tiempo se ha parado. Casi no hay actividad en la nao, roto el silencio de mi séquito por las voces de los marineros que vociferan en su molesta lengua.

Uno de ellos irrumpe bajo el toldo y me agarra por el hombro, obligándome a mirarlo.

–El capitán ordena que cojáis los cepillos y limpiéis la cubierta –espeta como si fuera mi amo, y caen sobre mi mejilla espumarajos de su saliva.

Gran Gato, el primero de mis vasallos, se incorpora y le pide que se aparte de mí. Gran Gato es un hombre de mediana edad, todavía fuerte pero más bien ligero.

–Estás ante un ilustre señor y debes mostrarle respeto –se atreve a decirle en nuestra preciosa náhuatl, la voz algo temblorosa.

–A mí no me toques, indio –vocifera el marinero, sin entender lo que le dice.

Y le da un fuerte empujón, haciendo que mi criado caiga estrepitosamente al suelo y quede boca arriba.

–Si vuelves a tocarme, te mato –añade el marinero.

Entonces me incorporo y, con un rápido movimiento, salto hasta él y lo agarro por el cuello, apretándolo con toda la fuerza de la que soy capaz, envenenado mi corazón por la serpiente de fuego de Huitzilopochtli, dios de la guerra. El marinero parece un muñeco de trapo, colgado de mí. Trata de soltarse, pero lo llevo fuera del toldo, mientras la vida se le escapa, por haber atacado a un hombre del que su destino me habría importado bien poco no hace mucho.

Enseguida nos rodean tripulantes y soldados, pero la rabia es mayor que la necesidad de protegerme. Entre varios me golpean con saña, me muerden, me aprisionan contra el suelo, y logran por fin liberar al tipo, que se dobla buscando aire que entre en su garganta. Mientras la lluvia de puñetazos continúa, veo de reojo a parte de mi séquito sobrecogerse por mi derrota, mientras otra parte asiste, creo, complacida. El capitán de mar llega con prisa y, a voces, ordena que paren los golpes. Entre dos marineros me levantan, y el superior llega hasta mí y pregunta el motivo de la pelea.

–No corresponde a mi gente hacer las tareas de limpieza del barco –respondo–. Su único trabajo es atendernos a mí y a mi hermana.

En ese momento, veo a Xipaguazín salir de los camarotes de popa con el capitán Grau. Mi resentimiento se acrecienta al ver que ambos mantienen una actitud cómplice.

–¿Piensas que se os seguirán dando raciones de comida por no hacer nada? –me pregunta el capitán de mar, atrayendo de nuevo mi atención sobre él.

–¡Si van a hacer esas tareas, que reciban un salario, como los marineros! –subrayo mis palabras, mirándolo con altanería y sabiendo que eso lo va a poner más furioso. Tal y como sucede.

–¡A ellos, cepillos y jabón; y él, que sea estropeado! –clama.

Sé a qué se refiere porque lo he visto en las primeras semanas de este viaje, cuando un marinero que robó parte de su paga a otro fue sentenciado con el mismo escarmiento y estuvo colgando de uno de los palos por los testículos durante un día entero. No es una medida más cruel que otras que mi padre mandaba aplicar en Tenochtitlán. He visto a hombres ser asados a fuego lento o desmembrados por el empuje de varias bestias, tirando cada una en una dirección. Mientras me conducen al palo trinquete, imagino el dolor que me espera cuando el peso de mi cuerpo penda de mis genitales. Seré como un mosquito en manos de los dioses, igual que el de hace unos instantes.

Sin embargo, siento un regusto dulce al ver la mueca de horror en Xipaguazín, a la que tengo la seguridad de que Grau, que llega hasta su oído, está poniendo al tanto de mi inminente castigo. Un marinero me despoja de mi maxtlatl y otro acude con el cabo de una soga. Entonces, mi herma-

na empieza a suplicar que me suelten, y el señor Grau viene hasta mí, dando voces.

–¡Soltad a este hombre y devolvedle la ropa!

Los marineros dudan entre seguir la orden de su capitán o la que dicta Grau, pero el lugarteniente de Cortés se dirige hacia mí y, tal como llega, le abren paso, descartando contrariarlo. El capitán de mar, que estaba yendo al castillo de popa a reunirse con el piloto, observa pasmado que sus hombres se rinden, desobedeciendo sus instrucciones.

–Este joven es nuestro invitado, capitán. Mal servicio estaríamos haciendo al rey Carlos si le damos el mismo trato que a un rufián y lo llevamos a la corte con los cojones negros –explica Grau, tajante.

El capitán de mar suspira profundamente y asiente.

–Que sus indios se limiten a permanecer en la zona de la tolda y que hagan sus necesidades a estribor. Mi tripulación las hará a babor. Así mis hombres no tendrán que ocuparse de limpiar nada que no les haya pertenecido –sentencia el capitán de mar.

Juan Grau parece conforme, y el capitán de mar regresa al castillo de popa. Los marineros que iban a torturarme regresan a sus quehaceres y Grau se encara conmigo. Por su gesto avinagrado, confirmo que cada vez le gusto menos.

–Si quieres volver a hacer uso del bulto que tienes bajo el taparrabos, mejor que tú y los tuyos os limitéis a hacer lo que dice el capitán –subraya Grau, desdeñoso, para, a continuación, dirigirse también al castillo de popa. Al pasar al lado de Xipaguazín, los músculos de su rostro aligeran la tensión.

Xipaguazín viene hasta mí. Sé que va a reprenderme por mi actitud belicosa hacia los españoles, y me alejo de ella para no discutir.

–No me des la espalda –me pide.

–Eres tú quien me ha dado la espalda durante semanas –replico.

–Desde que zarpamos me he pasado el tiempo llorando por nuestro padre y por lo que hemos perdido. Mi cuerpo ha estado en este barco, pero yo me he quedado atrás. Si no te he dedicado tiempo, hermano, no ha sido por ofenderte, sino porque no me quedaban fuerzas.

Me detengo y me vuelvo, mirándola con dureza.

–Bien que permites el consuelo del hombre con guantes –le digo, arriesgándome a obtener una respuesta que no quiero escuchar.

Xipaguazín comprende que estoy al tanto de la importancia que Grau ha cobrado últimamente para ella.

–No es un enemigo –sostiene, categórica.

–Estás ciega –murmuro, apretando los dientes– He visto a ese hombre, al que no reconoces como enemigo, sacarse los guantes para, con sólo tocarlos, arrebatar la vida a mexicas corpulentos que trataban de desmontarlo de su caballo en defensa de nuestra tierra. La muerte brota de sus manos cuando se quita los guantes. Está maldito, hermana.

–Es un soldado y emplea las armas de las que dispone.

Me sorprende que, sabiendo el peligro que Grau guarda dentro de sus guantes, Xipaguazín esté tranquila.

–¿Y no temes por tu vida? ¿No te aterra que un día se quite los guantes y te toque? –Xipaguazín baja la mirada–. No es un simple enemigo. Es el Diablo mismo del que hablan los cristianos.

Y entonces estalla:

–¡Basta ya, Tohualica! ¿Es que no ves que trato de salvarnos?

Podría imponer mi jerarquía y hacerla callar. Y decirle que, simplemente por derecho dinástico, ha de seguir mis indicaciones.

–Hemos sido testigos del final de una era, hermano –explica con tristeza–. El imperio que durante décadas levantó nuestro padre, todo lo conseguido por nuestros antepasados, se desmorona. Y, si volviera a levantarse, nuestro amado huey Tlatoan dejó demasiados enemigos como para permitir que sus hijos podamos gobernarlo sin más.

La miro, consciente de la solidez de su argumento. La noche que abandonamos Tenochtitlán, nuestro padre estaba moribundo y todos sus hijos fuimos pasando por el lecho donde se encontraba, a decirle adiós. En su delirio, ni siquiera recordaba quiénes éramos.

Por el camino que nos alejaba del palacio hasta la costa corrían rumores de su muerte, pero nunca nos llegó ninguna confirmación oficial. A cambio, escuchamos insultos y críticas de su gestión, motivo que nos empujó a pasar desapercibidos.

–Tanto si podemos volver a nuestra tierra como si no, deseo tener a mi lado a alguien que pueda protegerme. Y, si es el Diablo, buen aliado será –añade Xipaguazín, convencida–. No sé qué me depara el destino, pero no quiero volver a pasar tanto miedo como el que hemos pasado en las últimas semanas.

–El destino es volver a Tenochtitlán y gobernar –sostengo.

–Yo sólo aspiro a vivir, Tohualica. Y, si tenemos la fortuna de regresar a nuestra tierra algún día, que sea con el apoyo y protección de amigos poderosos.

–Para los hombres de Cortés, somos moneda de cambio –sostengo.

–Estoy segura de que tienes razón –mi hermana hace una pausa y presiento que va a decir algo que no me va a gustar–, o, por lo menos, que ésa fue su primera idea. Pero sé que al señor Grau le importo.

La observo mientras mi corazón se inflama de ira.

–Es un hombre sensible y poco a poco me ha ido insuflando las ganas de seguir viviendo –me asegura.

El tiempo que ella pasa con Grau, yo no estoy precisamente solo. Agua de Maguey es una de mis criadas más hermosas y serviciales. De piel suave y ojos descarados, no se limita a hacer estrictamente lo que le pido. Cada noche, cuando todos duermen, sube a mi hamaca y se apretuja contra mi cuerpo para procurarme placer. Pero no se conforma con consolar a mi tepule, sino que sitúa su trasero contra mi vientre, introduce mi sexo en el suyo y, de espaldas, se frota hasta que se sacia, sin importarle el orgasmo de su señor más que el suyo. Cualquier hombre anhelaría la piel de Agua de Maguey, pegada a él, hasta la llegada del nuevo día. Sin embargo, cada nuevo día que Xipaguazín aparece en cubierta acompañada de Grau, me siento vacío.

–¿Crees que Grau va a ser tu protector en el nuevo mundo? –inquiero, conteniendo mi rabia–. ¿No ves que la atención que te dedica en este viaje es un puro espejismo? Ellos nos consideran salvajes. Igual que nosotros a ellos.

Xipaguazín quiere decir algo, pero, mientras toma aire, elige las palabras.

–Voy a bautizarme –me informa, muy segura de su decisión.

La observo, sorprendido.

–Bautizándome seré como ellos, y el señor Grau me verá como a una igual.

–¿Por qué te parece tan importante lo que él piense de ti? –musito, sin recuperarme de mi asombro.

Xipaguazín baja la mirada y detecto un cierto sonrojo en su mejilla.

–El bautismo será el primer ritual, pero no el último al que aceptarás someterte –digo, comprendiendo su estrategia.

–Grau es un hombre incompleto, Tohualicahualzín. Y es consciente de ello. Nunca podrá tener una vida plena, como los demás hombres. –Fija la mirada en mí y añade, sin atisbo de mentira–. El matrimonio conlleva unas prácticas que él no podría mantener sin condenar a morir a la mujer que ame, porque no puede tocarla.

En ese instante, tomo conciencia de que estoy en ventaja frente a Grau, porque él nunca podrá darle lo que yo sí puedo.

–Me parece buena idea –exclamo aliviado, casi feliz, para sorpresa de mi hermana.

En ese momento, Ehécatl empieza a soplar. Al inflarse las velas, la madera de la embarcación cruje como si se desperezara.

Nos movemos.

III

El mar ruge sobre las voces españolas, que repiten la aburrida monserga del capellán. Los soldados y tripulantes que asisten a este ridículo ritual hinchan sus pulmones para engordar la gloria invasora de su dios en latín, una lengua que ni siquiera es la suya y que estoy seguro de que la mayoría no comprende. A mi lado, Xipaguazín me sonríe, llenándome de dulzura. Sólo por eso, hoy merece la pena. Está conmigo y no con el maldito Grau, que asiste al rito en la primera línea de su tropa, entre lágrimas de emoción. Satisfecho por tenernos exactamente donde quería, convencido de que puede conquistarnos por dentro como hizo en el campo de batalla.

Cuando el capellán hinca las rodillas en cubierta, todos lo imitan, y deviene entonces una escena cómica, como si fuesen muñecos que se desvencijan a un mismo tiempo. Xipaguazín se arrodilla, igual que todo nuestro séquito. Desde abajo, me indica que yo también lo haga. Pero yo me resisto.

Todos ahora se hallan por debajo de mí. Mi cabeza majestuosa recibe en esta circunstancia el respeto que merezco; y no quiero que eso cambie. Pero cuando detecto a Grau observándome, decido arrodillarme yo también.

–*Exorcizo te, omnis spiritus immunde, in nomine Dei Patris omnipotentis et Filii et Spiritus Sancti ut exeas et recedas ab hoc famulo Dei*–grita el maldito capellán, después de avanzar hasta ponerse enfrente de mi hermana. Y yo en mis adentros in-

voco al ente inmundo al que él desafía, para que haga todo lo contrario y no nos abandone.

Y sé que me escucha cuando el capellán se chupa el pulgar y humedece con él las orejas y la nariz de Xipaguazín, porque noto que el odio me domina y que deseo arrancar el corazón a ese súbdito de Dios de lengua nauseabunda con mis propias manos.

–María… –le exhorta, provocando el gesto de sorpresa de mi hermana al escuchar palabras que no comprende–, *abrenuntias Satanae?*

–Renuncia –se oye decir a Grau, mientras llega hasta nosotros–. Renuncia a Satanás, a todas sus pompas y sus obras.

El capellán observa que Grau trata de resumir el ritual, quitándole el protagonismo que cree que merece. Pero el hombre de los guantes lo inquieta y prefiere no quejarse. Simplemente, mira a Xipaguazín y ella asiente. El sacerdote se desplaza entonces hasta el séquito.

–Juan Damasceno... –así es como llama a mi hombre de confianza, Gran Gato.

–Isabel... –a la incansable y trabajadora Noche Azul.

–Juana Damascena… –a la sensible y acobardada Doncella de Luna.

Fray José va pasando de uno en uno entre los míos. Cuando llega el turno a Agua de Maguey, una boba sonrisa asoma a sus labios.

–Inés…, *abrenuntias?*

Agua de Maguey baja la cabeza.

–Sólo tienes que decir sí, niña –conmina el sacerdote a mi bella sirvienta.

–Todos ellos renuncian a Satanás –zanja Grau, impaciente.

El capellán asiente, dudando de si proseguir el protocolo. Espera a que Grau le haga algún gesto, pero lo único

que hace el hombre que lleva la muerte en sus guantes es encararse conmigo.

Al principio, no comprendo qué espera de mí.

–Pedro… –me llama–. ¿Y tú?

Sostiene su mirada con gravedad, estudiando cualquier posible reacción que revele lo que hierve dentro de mí en ese instante. Por su determinación, intuyo que no debería decepcionarlo.

–¿Renuncias a Satanás y a sus obras? –prosigue.

Lo que siento es el fuego recorriendo cada pulgada de mis venas. Si obedeciera a mi instinto, me abalanzaría contra él y le hundiría los pulgares en los ojos, hasta reventárselos. Por culpa de los españoles, he perdido mi mundo y mi lugar en él. No queda nada de la gloria de mi padre, ni esperanza de recuperar el futuro que había previsto para mí. Y, ahora, este repugnante esclavo del rey de España pretende despojarme incluso de mi nombre.

Es el momento de demostrar que desciendo de poderosos guerreros. Que mi nombre es Tohualicahualzín y estaba llamado a ser conocido por el grande.

–Renuncio. –Es lo que, sin embargo, sale de mi boca.

A lo que Grau asiente, satisfecho, convencido de que me ha sometido, y me da la espalda para que el capellán continúe.

Los miembros del séquito permanecen arrodillados al paso del sacerdote, mientras éste, con una mano, les echa sobre la cabeza el agua de una concha que va rellenando de un cubo que acarrea un grumete, y, con la otra, les ofrece sal que van chupando sin entender por qué lo hacen.

Cuando llega ante mí, permito que derrame la misma agua y chupo la misma mano que han lamido mis criados como perros, reprimiendo el asco que me provoca.

–*Ego te baptizo in nomine patris et filii et spiritus sancti* –enuncia teatralmente, y, al seguir el movimiento de su mano, que

traza una cruz sobre mi frente, mi mirada desemboca en la de mi hermana, que me sonríe con agradecimiento.

Antes de apartarse para seguir untando de agua y sal a los demás, el capellán transmite la oferta de su dios del perdón de mis pecados y de la vida eterna.

Y me guardo para mí que me ofende que alguien se arrogue la facultad de borrar mis pecados. Pero mayor es aún la sorpresa de que mis enemigos me permitan vivir eternamente.

IV

–¡Tohualica!

Desbaratado en mi gishe, creo oír mi nombre mezclado con el balbuceo del mar. Todos mis vasallos duermen, por lo que el primero en quien pienso es en el demonio, que trata quizá de confundirme esta noche a orillas de mi duermevela, empujándome a contestar por el nombre que he dejado atrás.

–¡Tohualica! –oigo de nuevo.

Esta vez me cercioro de que el susurro es de este mundo. Pero no cometeré la torpeza de darme por aludido, puesto que ahora se me conoce como Pedro y lo último que deseo es poner en alerta a mis enemigos a la primera oportunidad.

De la negrura emerge mi hermana, cortándome el aliento.

–María… –acierto a pronunciar esa fea palabra que aplasta su nombre azteca.

Ella se aproxima y se sienta a mis pies. Por un momento, me queda la duda de que sea parte de un sueño.

–Se me hace extraño oírlo… aún más de tu boca –susurra, el rostro vuelto hacia mí. La luz de una antorcha de tea que va y viene acierta a iluminarla a intervalos, obsequiándome con su placentera belleza.

–Es como si Viento de la Noche se hubiera llevado nuestra alma –su voz se quiebra, dando paso a un breve sollozo–.

¿Es que ya no podremos ser más nosotros y debemos ser otras personas...?

–Algún día haré de nuevo este viaje, de regreso a la casa de nuestro padre –le prometo, dudando de que pueda cumplir mi palabra–, y espero que tú vengas conmigo.

Mi mente se traslada a Tenochtitlán, tiempo atrás, cuando estábamos dejando de ser niños. Tengo el recuerdo de mi padre apareciendo en palacio tras un metzli de ausencia, sucio y cansado, precedido por el ruido de los tambores y el griterío gozoso de nuestros súbditos mexicas, pero con el brillo fiero en los ojos del guerrero invencible que pretende regresar pronto al combate. En una sola campaña, conquistó Chichihualtatacallán. Al año siguiente, Alotepec. Al otro, Cuezcomaixtlahuacán. En poco tiempo, nuestro padre, Motecuzoma, cuyo nombre desafía a todos los nombres de los príncipes conocidos porque significa «señor invencible que lanza sus flechas al Cielo», se hizo con el control de quinientas ciudades pequeñas, medianas y grandes.

Cada vez que mi padre el huey Tlatoan regresaba, se organizaban fiestas que duraban semanas y de las que se procuraba mantener alejados a los púberes, confinándosenos en los aposentos más apartados del salón de baile. Pero no había nada que pudiera centrar mi atención, fuera de lo que sucedía en aquella sala mítica. Recuerdo escuchar desde mi cámara la música de los bailes y escapar de allí burlando la vigilancia de mis criadas. El silencio de los jardines, roto por las risas que escapan de la fiesta.

Mi memoria repite el mismo momento, una y otra vez. Un consejero de mi padre, al que conozco de las reuniones de Voceros, vomita entre las flores el alcohol que ha tragado, para, a continuación, apurar el que aún le queda en una jarra que trae consigo. Sigo sus pasos, que lo conducen de vuelta al lugar donde yo pretendo llegar, a pesar de mi edad

y la orden de mi padre. El hombre alcanza a duras penas la estancia, que se abre ante mí. Se adentra tambaleándose, y yo escojo un vericueto oculto, escaleras arriba. Desde la parte superior, observo a los hombres comer y beber desenfrenadamente. Alguno escenifica, con mucha energía, batallas vividas. Las mujeres los atienden y la mayoría se contonea, de forma sensual. Una de ellas alcanza la posición de un lugarteniente de mi padre, al que reconozco por su mirada torva y que se halla en una silla más alta, tapizada con ornamentos dorados. La chica se sienta sobre las piernas del hombre y empieza a comerle la boca. El hombre se deja obsequiar por ese néctar que yo mismo quisiera probar, y luego se incorpora, llevando de la mano a la hermosa joven. Ambos avanzan por la sala hasta una colchoneta donde se dejan caer, pero una columna se interpone y sólo puedo ver los pies del hombre. Me muevo por el corredor para encontrar una perspectiva mejor y, a otra altura de la barandilla, veo a la chica quitarse la falda, bajo la que no hay tzotzomatli, y ofrecer su cuerpo desnudo al hombre, arrastrándose por el pecho de él, de nuevo hasta su boca. Las manos del hombre se desplazan hasta el trasero de ella, y en ese momento, anhelo ser el dueño de esas manos. A continuación, la chica agarra el tepule del hombre y lo masajea. La mirada siempre torva del guerrero da paso a un gesto de placer que identifico, a pesar de no haber vivido jamás nada semejante. Después, la chica monta a horcajadas en el tepule y empieza a moverse arriba y abajo, con un ritmo cada vez más agitado. Noto mi propio tepule rígido y siento la necesidad de tocarme, al mismo ritmo de la pareja que copula allí abajo. Estoy así minutos, embelesado, intentando sofocar el calor que me invade.

Y, de repente, escucho el chasquido de una sandalia detrás de mí. Me giro y veo a Xipaguazín, oculta tras una

planta de grandes hojas, observándome. Mi primera reacción es taparme, avergonzado. La segunda, escapar. Pero ella viene hasta donde estoy e impide que me vaya. Noto que está tan excitada como yo, por lo que deduzco que lleva un rato viendo la escena del soldado y la doncella. Pone una mano sobre mis labios, pidiéndome silencio. Abajo, el hombre y la mujer gimen de placer. Entonces, Xipaguazín besa mi boca con la fruta carnosa de la suya. Me acaricia desde los hombros al pecho. Mis manos recorren su cuerpo, mientras, ahora, ella empuja su cadera hacia mí, respirando ambos con agitación. La escena de abajo ha perdido su importancia. El placer nos domina como si fuéramos un único cuerpo.

Nunca hasta ese día había respirado nada tan delicioso. Es el mismo aroma que esta noche alcanza mi nariz, superponiéndose a los olores nauseabundos de cubierta. Un aroma que me ha transportado hasta aquellos últimos rescoldos de mi infancia.

–Tal vez sea mejor no regresar –opina ella–, dado que los aliados de nuestro padre son ahora minoría en comparación con el número de nuestros enemigos.

Su voz me hace volver la realidad. Y entonces veo que la luz de la antorcha se bambolea desde su rostro a mi cadera. Lo ha estado haciendo todo el rato, pero ahora me incomoda. Xipaguazín lo advierte al darse cuenta del tamaño excesivo de mi maxtlatl. Busco otra postura para disimular la reacción de mi cuerpo.

Pero ella comprueba que todos duermen y se lanza felinamente a mi gishe, donde se tumba pegando su espalda cálida a mi pecho y apoyando su trasero en mi tepule, cautivo del maxtlatl. Libero al reo de mi entrepierna y lo conduzco hasta el pasillo, que recuerdo húmedo y ardiente, de su tepili. Ella se retuerce, tan excitada como yo, frotándose para saciar su hambre. Poco a poco, voy avanzando en la recon-

quista de ese territorio que me pertenece desde que éramos adolescentes. Xipaguazín desata un suspiro de placer. Pero, cuando voy a arrancarle la ropa que aprisiona lo que más deseo, sujeta mi mano con fuerza, impidiéndolo. No comprendo la maniobra.

–Ahora estamos libres de pecado y no quiero irritar a su Dios –me aclara, para a continuación introducir su mano en su tzotzomatli y empezar a tocarse, en busca de su propio placer.

Y entonces tomo conciencia del poder de ese Dios que se interpone entre mi hermana y yo.